

LA CRÓNICA

Para viajeros urbanos

ARCADI ESPADA

Aventuraban graves hecatombes. Y uno de los que principalmente las aventuraba era Joan Gaspart, el abrumador hotelero: cuando pasara el cenit olímpico muchos hoteles iban a cerrar. Se había hecho un cálculo erróneo, fruto de una ambición desmedida.

No ha cerrado ni uno.

Atravesaron la crisis, aunque alguno vacilante, pero la atravesaron. Y el viernes, el alcalde comentaba públicamente que la ocupación primaveral había llegado al 60%: lo nunca visto.

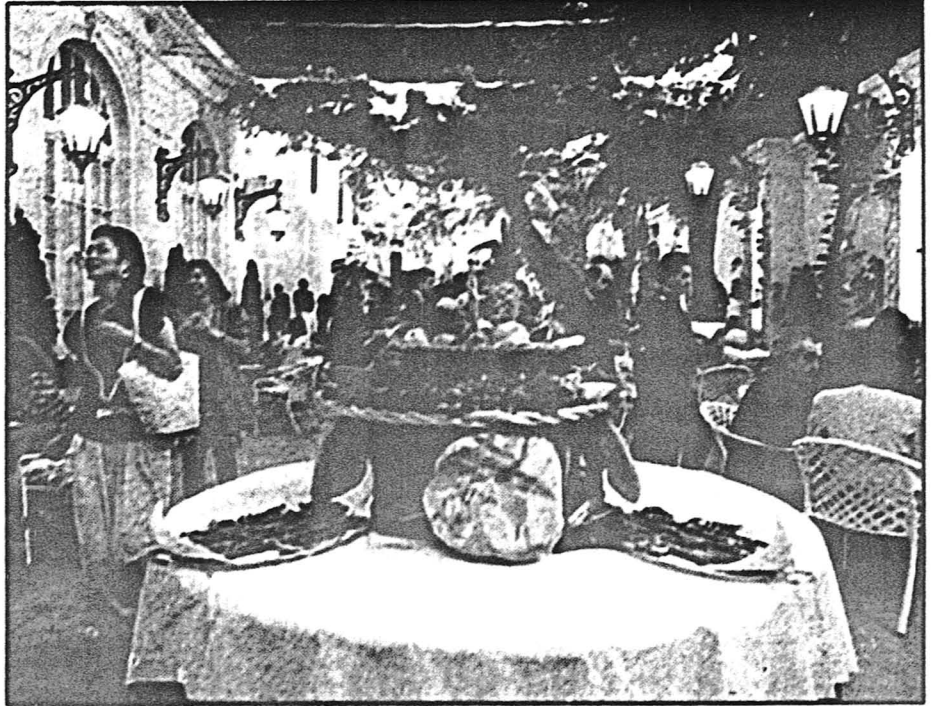
A diferencia de Madrid o Nueva York, los barceloneses nunca utilizaron sus hoteles. Ciertamente, tampoco había demasado donde elegir. Una imagen cierta del franquismo ciudadano es la de un puñado muy escaso de hoteles envejeciendo sin remedio, cerrados a cal y canto al uso del indígena. Los hoteles eran islotes expropiados, en cuyo umbral mantenían ceñuda guardia porteros con uniforme, siempre con un galón descosido o un botón de menos. Una aduana tácita de franqueo dificultoso para el ciudadano. Sólo espíritus muy libres y raros se atrevían a adentrarse en ellos. El poeta Joan Vinyoli, por ejemplo, a quien le gustaba la barra del hotel Presidente tanto como el bar del aeropuerto.

Esto ha cambiado. De una manera radicalísima. Los hoteles de la ciudad admiten ya cualquier tipo de viaje. He reunido una pequeña colección particular para solaz del dilecto lector. Aquí sigue.

► **Bares.** El del Rívoli, el primero. El gran Eddy demuestra cada noche que un bar es un barman. Pero el espacio y la luz de azúcar quemado contribuyen. Para el aperitivo, el Havana y su gran cúpula de luz blanca: siguen vacilando en torno a la ordenación de las mesas, pero es un lugar muy, muy agradable a esa hora. La barra del Hilton, también: seca y fría, con olor de aeropuerto. Al del Claris lo mata la tapicería y es demasiado breve. Pero hay grandes alcoholes y silencio. Los desayunos, en el Colón siempre.

► **Salones.** El Ritz y nada más que el Ritz. Han restaurado, además, La Parrilla, contigua, y en el jardín puede cenarse en verano. Pero su salón es su gloria. No hay nada en Barcelona como eso. Como tampoco hay nada comparable a la roqueta que inunda los vestíbulos del Sants y ese tránsito constante de gentes que arriba y abajo, van y vuelven.

► **Restaurantes.** El Barcelona-Sants, que llevan los de Florian. El Calderón fue el primero que enseñó a los barceloneses que en



CONSUELO BAUTISTA

El Ritz abre la Parrilla, pero su salón es su gloria.

un hotel se podía comer. Antes y ahora, el mismo hombre: el hotelero Jaume Serra. En el Sants se come de manera excelente, variada y a buen precio. Los jueves, además, hay arroces. Y a gran nivel se come en el Chez-Vous del Juan Carlos I. A gran nivel.

► **Vistas.** La vista nocturna desde los ventanales del Arts es exactamente lo que ustedes imaginan. Les dejo la lírica. Pero les advierto que nunca conocerán por completo su ciudad si no se acercan. Lamentablemente, la inconcebible organización del espacio en ese hotel ha hecho posible que el viajero urbano sólo pueda acceder a la lírica desde el Newport, un buen restaurante de estilo californiano. Y desde las habitaciones, claro. Pero duelen los salones claustrofóbicos del Arts y que desde ninguno de sus bares pueda contemplarse otra cosa que la suciedad arquitectónica de Skidmore, Owings y Merrill. Amamos, claro, la vista vieja del Colón, hotel de entrañable cobijo, y el Montjuïc desbordante desde el hotel Plaza: un seco y culto golpe de arquitecto ha mejorado decisivamente todo lo que la vista alcanza.

► **Exposiciones.** El Claris y su museo egipcio. Y siempre hay pintura de interés diverso en el Arts o en el Princesa Sofia.

► **Piscinas.** The Garden, del Juan Carlos. Por 1.000 pesetas, vaya el ciudadano. Pero díganlo sólo a los muy amigos. La del Princesa Sofia está también a disposición de cualquiera, aunque hay que hacerse abonado del complejo gimnástico América Juan. Cubierta y profunda, estupenda. Hay otras dos muy curiosas, pero reservadas a huéspedes, creo: la del Ambassador, apenas una bañerita, pero con una vista impagable sobre los tejados del viejo barrio. Y la del Balmes, en la esquina con la calle de València: un bar, un poquito de agua clara, un *cadre* bien logrado. La del Arts es una pequeña tontería, que sólo salvan la cercanía del pez de Gehry y la playa fenomenal abierta debajo.

► **Jardines.** The Garden, claro. Fontseré jugó maravillosamente a los vegetales en Torre Melina y hoy los jardines del Juan Carlos I demuestran que Barcelona —vocación insaciable— puede ser también Puerto Rico. La gente del Up and Down administra diminutos bares abiertos de noche entre la espesura. Una idea fantástica, definitiva. Lástima que el servicio del Garden esté en manos de jovencitos que sólo trabajarán en un fragmento muy pequeño de sus vidas: se les nota demasiado que están de paso y que dentro de nada van a ser ellos los clientes.

Viajen, pues. Aquí, al lado.

Primer intento de levantar

Las grandes superficies y el